

Matizar la necesidad, tarea de la filosofía en la educación

Antes de entrar en materia, me gustaría comenzar agradeciéndole a los organizadores por invitarme a participar de esta reflexión, pero más importante aún, por tomarse el tiempo y el esfuerzo de abrir un campo de reflexión tan vigente y urgente en torno al lugar de la filosofía en la educación básica y media. Ahora bien, hay una aclaración pertinente que debo hacer: nunca he dado clases de filosofía en el bachillerato, de modo que la reflexión que traigo hoy para compartir surge desde la universidad, si bien he tratado de mantener siempre en mente las experiencias que he tenido con estudiantes de primer año, tanto de la licenciatura en filosofía como de la licenciatura en humanidades. Esto no quiere decir que mis ideas sean trasladables al bachillerato sin más, ni mucho menos que haya un privilegio en hablar desde la enseñanza universitaria. Me interesa, más bien, escuchar lo que mis interlocutores tengan para decir, ya sea desde sus experiencias y reflexiones o acerca de lo que voy a compartir.

Hecha la aclaración, comencemos. La filosofía es, para mí, un oficio de preguntas, una labor artesanal en la que la experiencia, el pensamiento, lo concreto, la abstracción y lo material se encuentran para forjar rutas de indagación y modos de investigación. Esta concepción se presta a ese cliché tan común que ilustra la figura de aquella persona que en una conversación sobre tal o cual cosa hace la pregunta: “Bueno, pero ¿qué entendemos por tal o cual cosa?”. Me atrevo a imaginar que todos los aquí presentes sabemos de lo que estoy hablando. Como todo cliché, éste me resulta tedioso y unidimensional, pero he de confesar que cuando recibí la invitación para participar en este congreso, esa fue justo mi

reacción: “Bueno, pero ¿de qué estamos hablando al calificar la relación entre la filosofía y el bachillerato de necesaria?”.

Debido a mi formación, me voy a limitar a hacer un rastreo rápido y superficial desde la modernidad europea. El concepto de necesidad suele estar ligado al problema de la justificación del conocimiento. No voy a repetir aquí el extenso argumento de Hume al respecto; baste con señalar que el problema radica en si la conexión entre la causa y el efecto no sólo ocurre una o dos o tres o *n* veces, sino *todas* las veces. Si no es posible garantizar esta relación, el conocimiento queda desprovisto de toda certeza. Aquello que es necesario es así y no de otra forma, no puede ser de ninguna otra forma, con lo cual lo necesario se contrapone a lo contingente. De aquí deriva la otra acepción que le debemos a la modernidad, donde la necesidad es el par antagónico de la libertad. En ese sentido, el reino de la necesidad es el reino de las leyes inmutables, de lo que no está sujeto a la posibilidad del cambio y, por ende, aquello que queda fuera de cualquier valoración o juicio moral. Lo necesario ni es bueno ni es malo, simplemente es así y punto.

Si trasladamos esto al tema que hoy nos reúne, ¿qué quiere decir entonces que la filosofía sea necesaria en el bachillerato? ¿Que les estudiantes de bachillerato tienen que llegar a conocer la historia y los conceptos de la filosofía en toda su extensión? ¿Que tienen que tener las herramientas conceptuales y analíticas básicas para realizar juicios morales o estéticos, por mencionar un par, que sean racionalmente válidos? ¿Que tienen que ser capaces de construir argumentos lógicamente válidos y de reconocer falacias lógicas a diario tal y como nos asaltan en los medios o en las redes sociales, en boca de políticos y celebridades o de la persona que va en la silla de al lado en el metro o el bus?

El problema al trasladar ese marco de la necesidad es que nos sumerge en un sinfín de cuestiones acerca de qué es entonces la filosofía, qué es lo que hay que saber de ella, cómo se usa en la vida cotidiana, sin mencionar otras cuestiones acerca de si toda vida es absolutamente racional o cuál es el lugar de lo irracional en la vida, ya sea la propia o la social. Usar este marco de la necesidad supone, pues, una pugna al interior de la filosofía para determinar qué es lo que tendría que enseñarse a expensas de cualquier otra cuestión o modo. Es decir, la necesidad obliga a definir lo que entra y lo que queda fuera, lo que se incluye y lo que se excluye. Aquí se puede entrever que la pregunta por la necesidad es terreno fértil para el crecimiento de la tiranía, para que el germen de la crítica, del que tanto se precia la filosofía, abra paso al sometimiento y la opresión.

Por fortuna, la propia historia de la filosofía es mucho más rica y nunca ofrece una única versión de sus conceptos. Así, por ejemplo, en relación a la oposición entre necesidad y libertad, Schelling afirma que la libertad es algo cuya necesidad se siente. El enunciado me resulta interesante por dos razones: por un lado, necesidad y libertad ya no se presentan como antagonistas irreconciliables; por otro, y más importante para lo que sigue, la relación que hay entre ellas se da en el orden del sentido, en su doble acepción de orientación y sensibilidad. Por cuestiones de tiempo no me adentraré en la maraña de abstracciones que constituye el pensamiento de Schelling, pero me valdré de Ortega y Gasset para continuar este tren especulativo. La primera de sus lecciones de metafísica está dedicada al problema de la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía: qué es lo que se enseña y qué es lo que se puede aprender. En el seno de estas preguntas se instala la necesidad como aquello que no se tiene, aquello que falta y que, por ello mismo, es menester. ¿Qué es entonces lo que hace

falta, lo que no se tiene, lo que es menester en la enseñanza/aprendizaje de la filosofía? Contrario a lo que podríamos imaginar en un primer momento, a saber, que lo que hace falta es el conocimiento en cuanto tal de la filosofía, Ortega y Gasset propone una aproximación distinta. El conocimiento de la filosofía, sus conceptos, su historia es algo que se puede obtener en los libros, en lo que dicen los profesores. El problema no es, en consecuencia, el desconocimiento que hay que subsanar o rellenar. Hay algo que queda sin ser dicho en el conocimiento: la necesidad de saberlo, la necesidad de preguntarse, la necesidad de buscarlo. Así, pues, Ortega y Gasset llega a dos conclusiones que se han convertido en parte fundamental de mi manera de asumir la enseñanza/aprendizaje de la filosofía. En primer lugar, que “[m]al puede nadie entender una respuesta cuando no ha sentido la pregunta a que ella responde”.¹ En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, que “enseñar no es primaria y fundamentalmente sino enseñar la necesidad de una ciencia y *no enseñar* la ciencia cuya necesidad sea imposible hacer sentir al estudiante”.²

Desde mi perspectiva, esta forma de aproximarse al concepto de necesidad se aleja de la imposición y la tiranía. Hacer sentir la necesidad de la filosofía, implica reconocer la diversidad de formas que adquiere la reflexión filosófica; la multiplicidad de entes involucrados, tanto humanos como otros que humanos; las disparidades sociales, económicas y políticas de quienes la hacen, así como el entramado de instituciones, situaciones, discursos y deseos en el que nos encontramos. Más importante aún, para mí, esta perspectiva disloca la centralidad de la necesidad y se vuelca sobre el hacer sentir. Es

¹ José Ortega y Gasset, *Unas lecciones de metafísica* (Madrid: Alianza, 1981), p. 26.

² Ortega y Gasset, *Unas lecciones*, p. 27.

ahí donde estaría la posibilidad de la enseñanza/aprendizaje, donde se instala la pregunta más difícil de todas: ¿cómo hacer sentir esa necesidad por la reflexión filosófica?

No tengo una respuesta para dicha pregunta. No obstante, quisiera señalar algunas particularidades que se derivan de esta pregunta. En primer lugar, y basado en mi experiencia con los estudiantes de licenciatura, hacer sentir la necesidad de la filosofía pasa, en buena medida, por encarnar esa necesidad, tal y como ocurre con las reflexiones filosóficas en torno al género y la raza, así como la clase. En ese sentido, me atrevería a decir que el auge y relevancia que han cobrado las filosofías feministas y cuir, al igual que las teorías críticas de la raza, y el interés que mantienen varias vertientes del marxismo pasan por esta encarnación de la filosofía. Habría que preguntarnos, entonces, cómo encarnar otro tipo de preguntas y reflexiones filosóficas, pero también cuáles son los límites de la encarnación.

En segundo lugar, hay que recordarnos una y otra vez que la filosofía, contrario a la pretensión de la modernidad europea, no es un lugar de certezas, ni mucho menos uno para vivir cómoda y plácidamente, sin querer decir con ello que no hay espacio para el goce y la felicidad en la filosofía. El problema es más bien no tener que enfrentarnos a la comodidad de las redes y las burbujas sociales, de lo ya conocido y repetitivo que tanto vemos a nuestro alrededor, con otra forma de comodidad que algunos osan llamar crítica. La filosofía, como la ciencia o el arte, son lugares para acoger lo desconocido y mantener a través de sus preguntas el resto de desconocimiento y potencialidad que significa también estudiar e investigar. En ese sentido, no hay que olvidar que el oficio de la filosofía es un

oficio de estudiantes y aprendices para quienes, como dice Marina Garcés, “aprender no es un trámite ni un tránsito, sino una continua forma de compromiso”.³

Por último, y derivado de lo anterior, me parece que el ejercicio de hacer sentir la necesidad de la filosofía es un ejercicio tan especulativo como imaginativo, con toda la carga que esos dos términos tienen en la tradición filosófica de occidente, si bien me ceñiré a un par de referencias singulares. En cuanto a lo especulativo, siempre me gusta recordar a Whitehead y su exigencia de que “la filosofía no puede excluir nada” y comenzar con un proceso de recolección basado en nociones de énfasis o importancia, mismo que “debería recibir atención por parte de toda mente educada, en su fuga respecto de su propia especialización”.⁴ En cuanto a la imaginación, nadie mejor que Ursula Le Guin para recordarnos que “[el] ejercicio de la imaginación es peligroso para quienes se aprovechan del estado de las cosas porque tiene el poder de demostrar que el estado de las cosas no es permanente, ni universal, ni necesario”.⁵

En la imbricación de la encarnación, el acogimiento de lo desconocido, la especulación y la imaginación se encuentra la posibilidad de la emancipación: hacer sentir la necesidad de la filosofía es también hacer sentir la necesidad de que la vida con otros puede ser de otra forma sin caer en fantasías idealistas ni promesas irrealizables. A veces también, hacer sentir la necesidad de la filosofía es darle lugar a la obstinación de no hacer filosofía.

³ Marina Garcés, *Escuela de aprendices* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2023), p. 191.

⁴ Alfred North Whitehead, *Modos de pensamiento*, trad. Sebastián Puente (Buenos Aires: Cactus, 2022), p. 14.

⁵ Ursula K. Le Guin, *Contar es escuchar: sobre la escritura, la lectura, la imaginación*, trad. Martín Schifino (Madrid: Círculo de Tiza, 2020), “Una guerra sin fin”.